

CONTESTACIÓN
DE
DON GUILLERMO MORON

Señor Director,

Señores Académicos:

Con "Guzmán Blanco y la Guayana Esequiba" continúa Armando Rojas, nuestro nuevo Académico de la Historia, su tarea de investigador y de historiador. Investigador, porque en efecto, ha trabajado la documentación en los archivos o en las colecciones, fuentes principales del quehacer historiográfico; historiador, porque examina con cuidado los hechos y las circunstancias antes de hacer afirmaciones. La historia diplomática de Venezuela no se ha escrito, sino en sus cimientos con la obra de Cristóbal L. Mendoza acerca de las Primeras Misiones. Rojas está sobre la tarea con sus varios estudios: *Don Pedro Gual y los Orígenes del Panamericanismo*, de 1953, la *Biografía de Alejo Fortique*, de 1961, *Los Papeles de Alejo Fortique*, de 1962, *Los Creadores de la Diplomacia Venezolana*, de 1965 y este discurso de incorporación, sin duda un adelanto de obra mayor, que acaso sea la Historia de la Diplomacia n Venezuela. Es en este tan apasionante terreno de la historia donde destaca la pluma de nuestro recipiendario de hoy.

El sobrio examen que realiza de la acción guzmancista para salvar la Guayana Esequiba de la voracidad imperialista de la Gran Bretaña del siglo XIX, resulta especialmente iluminador en un doble sentido: En primer lugar, Guzmán Blanco, que de haberlo podido habría sido imperialista por amor a su patria, y por razones de temperamento, fue el más celoso e inteligente de los gobernantes decimonónicos en cuanto a cuidar los intereses territoriales; pero ni Venezuela disponía de unas Fuerzas Armadas ni de una población suficiente para darse a respetar, ni el agresor tenía escrúpulos como para fijarse en violaciones a las cuales estaba acostumbrado en el mundo entero. En segundo lugar, que la Independencia creó Naciones, Repúblicas soberanas, desgajándolas de un Imperio; pero esas Naciones tuvieron ya desde su origen el signo de la debilidad. La debilidad general de la Monarquía al final del siglo XVIII y principios del XIX, y la debilidad correspondiente a cada

distrito convertido en Nación distinta y soberana.

Durante tres siglos los venezolanos batieron al invasor inglés en la Guayana, en el Orinoco, en el Mar Caribe, en la gloriosa acción de Puerto Cabello de 1743, donde se hace héroe don Mateo Gual, raíz de su estirpe en Venezuela. La Provincia de Trinidad, cuando ya formaba parte del distrito de la Real Audiencia de Caracas, cuando ya estaba destinada a ser tierra venezolana, fue la primera en caer ante el avance del imperialismo inglés y ante la debilidad interna de la Venezuela de entonces, parte del Imperio español: el Gobernador José María Chacón, traidor a su patria, fue el triste protagonista de aquella hora menguada.

Así se hace historia, con héroes y con traidores, con grandes y pequeños, con hombres preclaros y con gente común, con dirigentes morales y con dirigentes inmorales. La debilidad de las Repúblicas hispanoamericanas se parece mucho, por cierto, a aquella otra gran debilidad de las ciudades griegas. Grecia creó una cultura, una libertad en la dispersión. Así vamos haciéndolo también los hispanoamericanos, después de haber sido Provincias de un Imperio. Acaso la libertad en la dispersión sea nuestro signo histórico característico. Una unidad de la cultura, pero una dispersión en las acciones. Por eso Venezuela fue víctima de la Gran Bretaña en la Guayana Esequiba e incluso en Trinidad. La unidad del imperio español existía sólo en la Ley, en cuanto las Indias estaban incorporadas a la Corona de Castilla. Pero las Provincias tuvieron su fisonomía propia y hasta su propia política. Por eso pudieron convertirse en naciones, cuando llegó la hora. Fueron fuertes en la creación provincial y débiles a la hora de la concreción.

Esta digresión no es del todo ajena a la obra de Armando Rojas. El ha meditado sobre estas circunstancias hispanoamericanas y griegas en sus ensayos. Por algo escribió *Diario de Grecia* y se detuvo en Atenas. La democracia ateniense fue verdaderamente importante cuando dejó de ser débil y dispersa, esto es, cuando Pericles, respetando su esencia ciudadana, la convierte en un imperio marítimo. Atenas tuvo su Mar Egeo; Venezuela no ha sabido usar, todavía, su Mar Caribe.

En el campo del ensayo se ha detenido de manera especial nuestro autor. En el ensayo histórico, casi siempre, incluso cuando lo aplica a la literatura, desde sus *Notas de Crítica y de Humor*, en 1944, para historiar al grupo literario Yunke,

hasta su *La Redención de Lucifer y otros ensayos*. Acaso sea su ensayo mayor, con mucho de análisis histórico, el que dedica a las *Ideas Educativas de Simón Bolívar*. Al pasar revista a su obra ensayística dice el periodista Simón Alberto Consalvi: "Su obra literaria, ya densa y dilatada, tiene este sello característico: la reflexión humanística". Esa obra de sensibilidad y de cultura la fue haciendo Armando Rojas en diversas posadas de Europa y de América, mientras servía, precisamente en la diplomacia, a la Nación venezolana. Prestaba, así, dos servicios a un tiempo, ambos de nobilísimo prestigio, ambos de gran utilidad para el país, y ambos con escasa remuneración de cualquier orden: servicio al Estado y servicio a la cultura. Ramón Díaz Sánchez, al comenzar a leer el estudio sobre las ideas bolivarianas, le dice a nuestro autor: "El tema es sugestivo y Ud. lo trata con maestría. Es lástima que hombres como Ud., de pensamiento tan fino y agudo, preocupado por temas tan altos y capacitado para desarrollarlos con tal diafanidad y precisión, anden lejos del país en misiones diplomáticas...". Creía don Ramón que el intelectual debía estar en su barricada nacional, en contacto con la juventud, con las "fuentes vivas de nuestra historia cultural". Pero la *lejanía* no apagó en Rojas su fervor por la tierra, por la cultura nativa, por la vitalidad nacional; por el contrario, la avivó y contribuyó a mantener el fuego encendido. Por eso su obra intelectual está volcada sobre las cosas, los hombres y los hechos venezolanos, sin olvidar que la cultura se nutre de muchas fuentes. De allí su inclinación por el Mediterráneo y la Latinidad, razón que viene en derechura hacia nuestro virus cultural. Sus estudios sobre Rousseau y sobre Romain Rolland así lo indican.

Armando Rojas, es, pues, investigador e historiador, que son las credenciales legítimas con las cuales se sienta ahora en el Sillón Letra X, que le ha asignado la Academia para que continúe su labor. Pero es también escritor, en sentido más pleno, con sus numerosos aportes al ensayo y a la literatura, que también es bagaje de valor para asumir esta responsabilidad con la cultura venezolana que ahora, más que nunca, tiene, pues no se viene a esta Academia a hacer siesta intelectual, sino a mantenerse en ocupada vigilia para mejor servir al país.

A nombre de la Academia Nacional de la Historia, doy la bienvenida al Dr. Armando Rojas, historiador.